

soldados se fuesen, que no eran buena gente, porque los trataban mal y les tomaban todo lo que traían.

Es de su natural condición esta gente celosísima; y cuando venían las mujeres al real estaban siempre cercadas de los indios, por defenderlas de los soldados que no las hiciesen alguna ofensa. Es gente amorosa y afable y de buena gana acudían ellos y sus niños a todo lo que les mandaban los religiosos. En este puerto de la Paz se hallaron algunas cosas de las que el marqués allí había dejado; halláronse algunas herramientas, y la plaza estaba hecha como plaza de armas donde había estado gente de guarnición, y los indios daban a entender, por señas, haber estado en aquel lugar otra gente, como los españoles; aunque algunos dicen que derrotados algunos navíos de ingleses, fueron a parar allí y estuvieron en aquel puerto algunos días; y que viendo que les faltaba el bastimento y que en la tierra no le había, se habían ido y desamparado el lugar. Es la tierra abundantísima de pescado por toda aquella mar, y es tanto, que a mano lo cogen los indios y lo traen en cardumas y con ramas a tierra; cuando lo cercan lo suelen tener un día y dos cercado, hasta que lo cogen todo o lo que han menester para comer. Es tierra templada, donde hay conejos, venados y gran suma de coyotes o adives, y muchos animales y caza de España. Lluve al mismo tiempo que en España, que es por octubre. Es tierra de mucha fruta y acompañada de mucho monte y otros árboles pequeños. Es tierra, al parecer, que cualquiera cosa que se sembrare se dará muy bien, porque con no ser tiempo de siembra, se sembraron algunas cosas y comenzaron a producir con mucha fertilidad.

Hay otros montes de árboles grandísimos, apropiados para hacer navíos en unas isletas, que estan una y dos leguas de tierra, donde los indios van de ordinario a pescar. Usan para esto de unas piraguas, que son a manera de planchadas, y con un remo de dos palas a una mano y a otra andan por la mar con tanta ligereza como un barco a la vela.

CAPÍTULO XLII. *Prosigue la jornada y descubrimiento de las Californias, y cosas sucedidas en ella*



NO CONTENTO EL GENERAL SEBASTIÁN VIZCAÍNO con lo hecho hasta allí y deseoso de que se descubriese más tierra adelante, para el fin de lo que pretendía, despachó la nao almiranta y una lancha para que fuese a descubrir y ver lo que había por toda aquella boca adentro; y así lo hizo y donde quiera que había demostración de gente, saltaban en tierra y siempre fueron bien recibidos de los moradores de ella. En algunos puertos los amenazaban con flechas, haciéndoles señas que no entrasen en ellos y donde hallaban resistencia pasaban adelante a descubrir más. Fueron por aquella boca adentro, cuasi cien leguas, donde descubrieron muchos gentíos y tierras y montes maravillosos para cualquier cosa que

quisiesen hacer de ellos. Toda esta costa es tierra templada y poblada de mucha gente, y la mar baja, donde los indios entran a pescar y traen el pescado a tierra y allí lo fisgan y cogen. Es mar de grandísima pesquería de perlas y a tres y cuatro brazas dentro del agua suben las ostias de las perlas tan claras, como si estuvieran sobre la superficie del agua. Cogen los indios gran suma de estas ostias y las echan en hogueras y allí se abren y se queman las perlas (que las hay muy grandes) y aprovéchanse de la carne de las ostias. De algunas que cogen grandes sacan las perlas y con pedernales les hacen una rayuela por medio y átanles un hilo y pónenselas al cuello y tráenlas por gala y majestad.

Quando el general envió la almiranta y la lancha que fuesen a descubrir tierra y todos los más puertos que pudiesen, por la boca arriba y cincuenta leguas del real, saltaron en tierra cincuenta hombres a ver la disposición de ella y de la gente de aquella costa; iban todos los soldados bien armados y con mucho concierto, y andando algún trecho por ella vieron que ni era mejor ni más de lo que atrás dejaban, y que los indios no los recibían bien y dieron la vuelta para embarcarse donde se les desvergonzaron los naturales y les tiraron algunas flechas. Viendo los nuestros a los indios así atrevidos y con ánimo de ofenderles, pusieronse en arma y comenzaron a disparar la arcabucería; y de esta rociada mataron dos o tres indios; y con esto se fueron a embarcar, pero no cupieron más de veinte y cinco hombres en la chalupa, que se fueron a la nao, quedándose los otros aguardando que volviese por ellos. Los indios, que de la rociada pasada habían perdido dos o tres de los suyos, metiéronse en el monte y a breve rato trajeron más de quinientos compañeros; y porque les pareció que rostro a rostro eran aventajadas armas las de los nuestros, usaron de cautela y no quisieron parecer hasta que la chalupa volviese; y trataron de cuando se embarcasen, los acometiesen de golpe, porque en la chalupa no podían darse tanta maña para defenderse, ni ofenderlos, como en tierra. Vino la chalupa y hízose como lo pensaron, porque luego acudieron todos a embarcarse, sin recelar la emboscada de los enemigos, de los cuales creyeron que se habían ido huyendo, amedrentados de lo pasado. Los indios, que los vieron dentro, salieron repentinamente y de tropel y diéronles una rociada de flechas, tan espesa y tan apresurada, que los desatinó y ninguno acertaba con su remedio; como era tanta la priesa que les daban, poníanla ellos en guarecerse y con la inquietud que traían de una parte a otra en la chalupa, la trastornaron y fuese a la banda; y todos los soldados al agua, donde se les mojaron los arcabuces y municiones; y por estar el agua honda no se pudieron aprovechar de las armas; allí fue tanto el número de flechas y piedras que cargaron sobre ellos, que mataron y se ahogaron diez y nueve soldados y solos cinco de ellos se escaparon flechados, y a nado se fueron a la nao, que estaba un cuarto de legua la mar adentro, que aunque los que estaban en ella vieron lo que pasaba, no pudieron socorrerlos, por no tener con qué saltar en tierra, y haberse allí anegado la chalupa y perdido la gente. Salieron los indios muy ufanos con esta victoria y hacían grandes algazaras y bailaban bailes de placer, mofando de los españoles; cogieron las armas

y vestidos de todos los soldados y se fueron. Era gente muy lucida toda la que mataron estos indios, que a no cogerlos desapercibidos no los mataran tan lastimosamente; pero fue para ellos desgracia y para otros aviso, para que en tierra de enemigos recelen cualquiera traición y emboscada, que a no haberlos acometido de esta suerte, sino de bueno a bueno, no peligraran los nuestros; y cuando por algún caso adverso llegaran a ver la muerte, vendieran sus vidas por precio de todas las de los contrarios y aun muchos más que fueran, por ser de los mejores soldados que iban en la armada y de los más animosos del reino. El capitán y los demás que habían embarcádose en la primera bajelada se fueron de este puesto dejando los compañeros muertos en la playa, llevando grandísimo dolor y sentimiento de haber perdido tan buena gente, sin haberla podido favorecer ni remediar y por la grande falta que hacían en el real. A dos días siguientes volvió la lancha que había ido en compañía de la almiranta con otros cincuenta soldados y dio razón de lo que había visto y descubierto, que fueron muchas islas muy buenas y muy buena disposición de mar y tierra y puertos y montes y muchísimo número de gente y toda la costa muy llena de pesquería de perlas. Llegaron a paraje de cien leguas, poco más o menos del real (como hemos dicho), y no pasaron adelante por el poco bastimento que llevaban, que a llevarle suficiente para un mes más (como ellos después afirmaban) no quedara puerto, ni isla, ni tierra que por toda aquella boca no descubrieran. Y queriendo el piloto y capitán ir adelante, no lo consintieron los soldados por no tener qué comer, que aun volviéndose de allí apenas tuvieron bastimento para llegar al real, de donde habían salido; y si Dios no les proveyera de una tormenta, que los hizo volver apriesa, siéndoles favorable para su vuelta (porque los trajo en dos días), perecieran todos de hambre.

En el real era ya tan poco el bastimento que había, que apenas daban a cada soldado una escudilla de maíz de ración cada día; y aun si tuvieran esperanza que hubieran de dársela, por alguno otro más tiempo del que era necesario para volverse, no sólo intentarían, mas perseverarían en la tierra hasta andarla toda y descubrir sus rincones; pero como les faltaba la comida y sin ella es imposible sustentar la vida hicieron junta los soldados y capitanes y todos determinaron de volverse; porque apenas hallaban bastimento suficiente de sólo maíz (como hemos dicho) para la vuelta a esta Nueva España y en la tierra no lo había, a lo menos en todo lo que se descubrió no se vio ni se halló, ni esperanza de poder tenerlo cuando el que les quedaba se les acabase, que a tener algunas esperanzas de esto estaban los soldados tan codiciosos de verlo todo que no dudaran de quedarse; y aun viéndose en tan cercana y próxima hambre, animaban al general, algunos de ellos, y le pedían navío para venir por bastimentos y que luego volverían con ellos a socorrer a los que quedaban; pero el general, temiéndose de que no volverían, viéndose en esta tierra y que se quedarían ellos desaviados y perdidos, no se lo concedió. Sobre toda esta necesidad y penuria que pasaban vino un gran norte y prendió fuego en una casa; y como todas eran de madera, a manera de ramadas, cundió por las más del

real y abrasólas todas y apocó el bastimento, tanto, que ya temían tenerle escasisísimamente, aun para hacer un viaje muy breve; y así les fue forzoso volverse a la Nueva España, aunque el general se fue en la almiranta y tomó otra derrota y descubrimiento, en compañía de algunos otros soldados que lo siguieron, enviando en la capitana a la demás gente, por su camino derecho, la cual llegó a esta Nueva España, muy en breve, reconociendo el puerto de Colima y el de Chiametla, en los cuales iban dejando gente.

Viendo el general que también a él le faltaba el bastimento, dió la vuelta muy en breve al puerto de Acapulco, de donde había salido a muy pocos días después que los primeros habían llegado. Es toda aquella mar abundantísima de pescado muy bueno y hay frutas de muchos géneros y de ciruelas tres o cuatro. Hay otra fruta menuda, a manera de cañamones que se crían en árboles pequeños y copados; grandes montes de mezquites y otros árboles buenos para hacer navíos; y hay maravillosos puertos y muy grandes. Toda la costa de aquella tierra es de mucha perla. En las ensenadas y caletas hay muchas salinas, de mucha y muy extremada sal. Lluve al tiempo que en España (y echóse de ver porque salieron de ella por octubre y entonces comenzaba a llover). Hay grandes playas y buenas; no es la mar por ellas peligrosa. Es su costa tierra muy templada. Las aguas, en tiempo de seca, son pocas, pero muy buenas. Hay grandes llanadas y muchísima caza en ellas de todos animales comestibles. Tienen los indios muchas perlas, aunque quemadas, por echar la ostia en el fuego para asar sus carnes, donde las perlas se caen y se queman. Tienen los naturales guerras con los de otras naciones, distantes de ellos. Es gente alta y muy dispuesta, y son grandísimos flecheros. Dan nueva de que la tierra muy adentro hay maíz, según dieron las señas de él; y afirmaban haber grandísimos gentíos en las partes donde el maíz se daba.

CAPÍTULO XLIII. *Que trata de las congregaciones y juntas que se hicieron de estos indios en el tiempo del gobierno de este virrey, conde de Monte-Rey*



NA DE LAS COSAS EN QUE CON MÁS FUERZA metió mano el conde de Monte-Rey, virrey de esta Nueva España, fue en la congregación que hizo de estos indios, pareciéndole que era la cosa que más les importaba para su conservación; y se ha visto por experiencia ser una de sus tales ruinas y acabamientos que les pudo venir. Primero que las hiciese nombró comisarios que fuesen por toda la tierra a demarcar los sitios donde habían de hacerse las juntas y congregaciones de los pueblos; y dioles a mil pesos de salario, y a sus oficiales el que era bastante a su parecer para hacer la dicha demarcación, que contado todo lo que en ellos se repartía, venían a ser otros mil pesos que por todos eran dos mil pesos; y de estos